

demasiados errores y ante la dilapidación de un progresismo que arrasó al mundo y despojó a la Humanidad de tiempo. Y es que, en beneficio de su propio porvenir, Occidente terminó por devorar el porvenir de todos.

Los grandes sueños, las viejas utopías de la Humanidad fueron siempre contruidos sobre geografías ignotas. El hombre antiguo trazó sus mapas a partir del imaginario de sus ilusiones. El hombre moderno exploró y conquistó impelido, sobre todo, por la ilusión de atesorar espacios nuevos, de descubrir la abundancia en el ámbito de lo desconocido, de hallar riquezas en maldición, cada nueva superficie descubierta, cada nuevo sitio conquistado terminaba por convertirse en despojo, tierra agotada para las quimeras y los posibles. Contradictorio Rey Midas, el moderno conquistador de espacios redujo a cenizas todo cuanto tocaba. Su última y reciente ilusión ha sido la conquista de las estrellas. Cercana ya la convicción del apocalipsis, Occidente espera descubrir en lejanas galaxias lugares nuevos en los que hacer realidad sus viejos sueños. Agotado el entorno, el último propósito del conquistador de espacios es huir de la desolación y tratar de alcanzar lo estelar. Hallar en otros sistemas planetarios nuevos espacios a conquistar, a dominar, a transformar...

Por casi tres siglos, la voz de Occidente proclamó la justicia del enfrentamiento entre los fuertes y los débiles. Por casi tres siglos, su retórica conquistadora proclamó lógico y justo que el mundo se repartiese de acuerdo al derecho que otorgaba la fuerza de unos pocos —poderosos— que ganaban siempre, en desmedro de otros —débiles— que lucían condenados a perder. Ganadores y perdedores, conquistadores y conquistados, despojadores y despojados, atrasados y modernos... La modernidad occidental proclamó el derecho de conquista de unas pocas naciones sobre todas las otras en nombre del tiempo progresista de la historia. La voz de los vencedores pobló al mundo de referencias y códigos, de estereotipos y fantasmas. *Phantasmata*, decía Aristóteles, eran apariencias inspiradas en la realidad: parciales versiones de ésta. Los fantasmas con que la modernidad occidental pobló el mundo se llamaron progreso, linealidad de la historia, evolución... La versión occidental del tiempo de la humanidad proclamó la tajante división entre un presente ascendente y un pasado superado. De un lado, el tiempo de los elegidos; del otro, el de los réprobos; de un lado la modernidad; del otro, el atraso; de un lado, los civilizados; del otro, los salvajes. De esa versión temporal derivó otro fantasma: el de la cuantificación con que los poderosos debían asentar su fuerza. Tener más fue lo mismo que poder más; sinónimo, también, de valer más: superstición de sumadores. Desde el lejano tiempo del Descubrimiento de

América, Europa supo que el planeta era una esfera inmensa; inmensa pero recorrible: con un principio y un final. Una esfera que se podía abarcar, que se podía poseer. Desde entonces, el hombre renacentista, inmediato antecesor del hombre moderno, comenzó a familiarizarse con el imaginario de un mundo mensurable. Luego, el moderno Occidente atravesaría la Tierra con sus conquistas y sus expediciones. Sus naves y sus ejércitos recorrerían un planeta que, poco a poco, iba descubriendo sus misterios, mostrando su vastedad.

La historia del Occidente moderno fue haciéndose siempre a costa de un otro; a sus expensas, en su sacrificio. Durante los siglos XVIII y XIX, Occidente conoció a los "otros", seres extraños que lo desconcertaron. El desconcierto produjo dos reacciones: la del etnocentrismo y la del exotismo, distintas pero, en el fondo, semejantes. Etnocentrismo fue confundir la propia verdad con la verdad universal; las verdades y los valores propios debían, naturalmente, convertirse en valores y verdades de todos. Exotismo fue el interés por la rareza del otro; había que proteger y promover esa rareza: preservarla en museos o exhibirla en ferias. A la postre, etnocentrismo y exotismo coincidieron: la diferencia del otro era su inferioridad.

La incompreensión o el desdén de la otredad llevó a Occidente a creer que el mundo habría de pertenecerle gracias a una lógica escrita en la naturaleza de las cosas. La Ilustración creyó en un futuro gobernado por leyes iguales, donde lo bueno y lo malo estaría decidido por el sentido común y por fundamentales verdades que todos los seres humanos podrían compartir. Condorcet, el último de los Ilustrados, imaginó un planeta donde las diversidades desaparecerían: todas las naciones hablarían un mismo idioma y serían gobernadas por un inmenso Estado único. A la Razón universal y sólo a ella —dice Condorcet— incumben principios de justicia válidos en todas partes. Principios de un derecho racional que terminará por hacerse universal. Prejuicios, dice Condorcet, hay muchos, pero la verdad racional es una sola. Y sobre esa verdad aspiraba el último Ilustrado a que se formase un solo todo, un unitarismo práctico que sería el más eficaz mecanismo de sujeción del hombre sobre su entorno y su destino.

El ideal de unión no tardó en hacerse ideal de dominio. Los «elegidos» asumieron que tenían todo los derechos sobre los «no elegidos». La Razón, sin embargo, hablaba con voz magnánima: de lo que se trataba era de salvar a los «incivilizados» de ellos mismos: de sus errores, de su barbarie, de su atraso. Rudyard Kipling, ya en nuestro siglo XX, ensalzó «la pesada carga del hombre blanco». La inmensa responsabilidad del hombre occidental era la de «convertir» a la Humanidad a la verdad de la diosa

Razón y a la religión del dios progreso. El imperialismo fue la principal escuela del propio orgullo y de la autocomplacencia de los europeos. La expoliación imperialista se convirtió en la más «digna» responsabilidad de las naciones dominantes.

Hasta nuestro siglo XX llegaron los entusiasmos imperialistas. La terrible barbarie de dos guerras mundiales hizo que las naciones europeas industrializadas comenzasen a perder la fe en sí mismas y en los privilegios de su destino. Tras el sangramiento de Europa y de gran parte del mundo, comienza un proceso de descolonización por el cual los viejos elegidos comienzan a deshacerse de sus viejas presas. Es el fin del colonialismo. Los imperialismos se debilitan y, poco a poco, comienzan a desaparecer. Al radical unitarismo de los siglos XVIII y XIX sucede en la conciencia occidental del siglo XX el redescubrimiento de la otredad. Occidente comienza a percibir a su alrededor un mundo diferente y heterogéneo que escapa a su ideal de posesión. *Anábasis* de Saint-John Perse (1924), alguna vez descrito como el último gran poema épico de Occidente, es la contemplación admirativa de un planeta percibido como un mágico y abigarrado mosaico de diferencias. *Anábasis* revela un maravillado éxtasis ante la vastedad de lo inabarcable y lo plural, de lo polifacético y libre de tantos siglos humanos. El poema refleja la actitud de un Occidente que ya no se propone conquistar ni construir y se limita sólo a asombrarse. Casi al final de su largo texto, dice Saint-John Perse: *Terre arable du songe! Qui parle de bâtir?* Una lectura posible de esta conclusión es la de que ya no tiene sentido convertir o deformar a los otros; que es absurdo proponerse dominar una otredad ni débil ni inferior; y que sólo el acercamiento y la comunicación son concebibles en un mundo abrumadoramente poblado de diferencias: válidas, significativas, necesarias...

Anábasis describe un éxtasis y una renuncia: éxtasis ante lo inaudito que rodea al poeta, renuncia a cualquier propósito de sujeción de la otredad. El espíritu de *Anábasis* alcanzará su máxima expresión varias décadas más tarde en *Tristes Tropiques* (1955) de Claude Lévi-Strauss, doloroso testimonio del hombre occidental ante un planeta que no logró conservar misterios por descubrir ni maravillas de las que asombrarse. De *Tristes Tropiques* se ha dicho que es el libro que termina con todos los libros de viajes. «Deseé —comenta Lévi-Strauss en una de sus páginas— haber vivido en los tiempos de los verdaderos viajes, cuando todavía era posible ver el espectáculo en todo su esplendor, antes de que lo arruinaran, lo corrompieran y lo estropearan». Lévi-Strauss, en la segunda mitad del siglo XX, escribe en un mundo del que ha desaparecido el genuino sentido de la aventura y del descubrimiento. Escribe, también, desde la agonía de una modernidad que ha visto desvanecerse demasiadas expresiones de lo humano.

La voz de los conquistadores de espacios fue apagándose en el augurio lúgubre de la monotonía y la devastación. Sus absurdos errores decretaron el fin de la mitología progresista y señalaron la muerte de la historia teleológica. Las cinco primeras décadas del siglo XX bastaron para desvanecer tres siglos de ilusiones. Occidente —y con él el planeta todo— comenzó a percibirse viviendo al borde de un abismo. A fines de la década de los sesenta, decenas de miles de estudiantes, principalmente de los países más ricos de Occidente², comenzaron a vociferar ante los incrédulos oídos de sus mayores la convicción de un cercano final. Las consignas de los jóvenes protagonistas de los episodios de mayo del 68 de París y de las revueltas estudiantiles de universidades norteamericanas, alemanas e italianas, mostraron la otra cara de las viejas y arrogantes certidumbres. Un término que ilustradoramente designó ese momento, fue el de «naufragio del 68». Naufragio: hundimiento, desvanecimiento, desastre, catástrofe, cataclismo... Por vez primera durante los siglos en que habían imperado la filosofía del progreso y la mitología modernista, comenzaban a cuestionarse los viejos paraísos y los viejos dioses. Al final del camino que pareció conducirlo hacia ninguna parte, Occidente descubrió el escepticismo: ese sentimiento que experimentan aquéllos que han aprendido a dudar y, sobre todo, a dudar de sí mismos. La rebelión de los jóvenes de los años sesenta brilló fugazmente como fuego de artificio con la luz relampagueante de los colores efímeros. Sin embargo, por esa rebelión comenzó a escucharse en el mundo la voz de una nueva racionalidad que condenaba las grandes supersticiones sobre las que por mucho tiempo se había arrastrado Occidente. Por esa rebelión empezaba a proclamarse una nueva ética que, contra el egoísmo imponía la solidaridad; contra el consumismo, la austeridad; contra la indiferencia hacia la naturaleza, el amor por ella; contra una inteligencia basada sólo en la racionalidad y la lógica, una sabiduría apoyada en la imaginación y la sensibilidad; contra un saber científico amoral, una ciencia comprometida con lo humano; contra una visión pragmática y cuantificadora de la historia, una recuperación de la utopía como posibilidad vitalizadora del tiempo.

Hoy, Occidente tal vez recuerde con nostalgia los ideales que alentaron sus conquistas. Quizás añore sus viejas verdades. Esas verdades, sin embargo, nos condujeron a todos hacia este presagio de apocalipsis que hoy domina el mundo. Las nuevas verdades que los seres humanos deberemos buscar y compartir tendrán que escribirse de otra forma. Deberán apoyarse en la comunicación y en la solidaridad de todos quienes habitamos en el espacio y el tiempo limitado y común de los sobrevivientes.

² Una excepción trágica: México y las manifestaciones estudiantiles que culminaron con la masacre de la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. Más de trescientos muertos y miles de heridos.